

EL VELO DE ISIS XVII y XVIII
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
La meta de la Iniciación

Estos dos Capítulos nos cuentan distintas historias y ejemplos, todos ellos enfocados a la culminación de la Iniciación y al término de la misma. Por ello considero adecuado empezar comentando lo que se entiende por la palabra Iniciación.

Procede del latín "Iniciare" o sea, Comenzar, Dar comienzo o Apertura. En el Velo de Isis que hemos estado desarrollando, nos referimos a comenzar un nuevo camino, una nueva forma de caminar por la Vida.

La pregunta primera sería, ¿en que nos apoyamos para hacerlo? ¿En un bastón, en una motivación, en una meta, en una idea, en seguir a un leader o chaman que nos dice lo que hemos de hacer..?

En realidad, cuando un ser humano da comienzo a un cambio, a otra apertura de visión e inicia un camino nuevo, como el loco del Tarot, se apoya siempre en sus valores, lo que le lleva por los senderos de la responsabilidad y de su libertad al actuar, con todas las consecuencias que ello conlleva.

Estas tres damas, a las que se refiere el último cuento son realmente cada uno de nosotros, representados en cuerpo, alma y Espíritu, lo que nos indica son tres partes esenciales que necesitamos y hemos de atender, para poder solucionar cualquier situación en la que nos encontremos, y lógicamente no podemos esperar que nadie lo haga por nosotros.

Por ello hemos de tener unos cimientos sanos en nuestra casa, que la sostendrán y evitarán que se derrumbe, aunque llegue a nosotros una tormenta o vendaval. De ahí que en los Evangelios nos aconsejan construir nuestra casa sobre roca, no sobre arena, y eso significa construir y actuar de acuerdo con los valores morales, que rigen tu vida, símbolos que unen y que cohesionan, no que separan.

Por eso comprendemos que cualquier personaje del cuento que se enfrenta con orgullo o soberbia a la situación, cae fulminado sin éxito, porque son valores que separan, di-abolei, y no simbolei, lo que une.

C. E. A.

EL VELO DE ISIS
Capítulo XVII

Culmina el gran "Libro de las Iniciaciones" con la Historia de los tres calendas

La sorpresa del sportillero y las tres damas de Bagdad.–El significado constante de la palabra "calenda".–Las "calendas" y el "calendario".–Llegada del califa, su ministro y su eunuco.–Las dos perras negras.–El vapuleo de las perras y las lágrimas de conmiseración.–El canto de Amina y sus horribles cicatrices.–La indiscreción del califa y su castigo.–Historia del primer calenda.–La dama sepultada.–El triste amor de dos príncipes hermanos.– Historia del segundo calenda.–El leñador y el genio de los bosques.–La princesa robada.–Historia del tercer calenda.–Otra vez la estatua ecuestre de la Atlántida.–El barquero de bronce.–El príncipe del subterráneo.–El fallo del astrólogo.–Un émulo de Edipo.–El cuchillo y el melón fatales.–Fugitivo!–Los diez discípulos misteriosos.–Otra vez el Ave Roc de Sindbad el Marino.–Comentarios a las historias de los Calendas.

Cuando el célebre sportillero y las tres damas de Bagdad estaban solazándose como en el cuento anterior va dicho(1), alguien llamó discreto a la puerta. Safia,

que era la portera, se asomó y volvió de allí a un rato diciendo:

–Han llegado a la puerta tres calendas, todos tres tuertos del ojo derecho y completamente afeitados de barba, cejas y cabeza. Dicen que vienen de Bagdad y, no encontrando hospedaje en parte alguna, demandan nuestra hospitalidad. Los tres son jóvenes, gallardos y con muestras de gran talento. No creo nos sirvan de gran carga, pues sólo piden les acojamos hasta el amanecer.

–Hazlos entrar –contestó Zobeida, aunque no sin repugnancia–, pero que lean antes lo que en el frontispicio se dice respecto del secreto que tendrán que guardar sobre cuanto vean aquí.

Los tres calendas penetraron en la estancia y no supieron qué admirar más, si la hermosura de las tres damas o la extraña presencia del mandadero:

–He aquí uno de nuestros hermanos árabes disidentes de nuestro credo, pues que no va vestido ni afeitado como nosotros.

Mas como el mandadero estaba medio dormido y con los vapores de las libaciones algo subidos a la cabeza, hubo de replicarles con arrogancia:

–¿Pues qué, no han leído la inscripción que reza no se mezclen en lo que no les incumbe?

Las damas, previendo el choque, se interpusieron. Dieron de comer y de beber opíparamente a los calendas, y luego trajeron diversos instrumentos de música para que se acompañasen en su canto, al par que ellas por su parte les hacían coro. Estaban en lo más divertido del concierto cuando de nuevo se oyó llamar a la puerta, viendo Safia que quien así llamaba era nada menos que el propio califa Harun-al-Raschid, quien tenía por costumbre recorrer de incógnito toda la ciudad para vigilarla, acompañado por su visir Giafar y de Mesrur, el jefe de sus eunucos, todos tres disfrazados de mercaderes. Sin duda les había llamado la atención aquellos ruidos tan a deshora de la noche, y venían a inquirir su origen, aunque pretextando que precisaban hospitalidad. Fueron introducidos igualmente y saludaron con mucha urbanidad a los caballeros y a las damas. Éstas les dieron la bienvenida, añadiendo:

–No llevarán a mal, señores comerciantes, que en premio de nuestra hospitalidad les pidamos una gracia: la de que tengan más ojos para ver que lengua para preguntar.

A lo que el visir prometió en nombre de todos que serían puntualmente obedecidas. Con esto no hay que decir que se reanudó el banquete y el concierto. Mientras que el astuto visir daba conversación a las damas, el califa no cesaba de admirar la hermosura, la jovialidad y el talento de éstas, que deputó por lo más extraordinario que en mujeres había visto nunca.

Sintió comezón por preguntarlas acerca de quiénes eran; pero, fiel a la consigna, permaneció mudo. Los calendas danzaban sus mejores danzas, con grandísima complacencia del califa y de sus acompañantes. Terminadas las danzas, Zobeida dijo a Amina:

–Hermana mía, levantemos manteles y hagamos lo que tenemos por costumbre, que estos buenos señores no habrán de llevárnoslo a mal, según lo prometido.

Amina obedeció al punto. Puso una silla en medio del recinto, y, ayudada por el

mandadero, se adelantó conduciendo dos perras negras, cada una de las cuales tenía un collar con una cadena de sujeción. Zobeida, remangándose el brazo, dió un gran suspiro y dijo:

–¡Cumplamos con nuestra diaria obligación! –y tomando ella y su hermana Safia sendos látigos, se pusieron a vapulear sin piedad a las dos perras, hasta que las hizo llorar como si fuesen personas humanas. Entonces sacó Zobeida su pañuelo, enjugó maternalmente las lágrimas de las perras, las besó y las mandó retirar por mano del mandadero.

Los tres calendas, el sultán y sus dos acompañantes estaban pasmados de curiosidad y de asombro por la rareza de lo que acababan de ver, porque no acertaban a explicarse el cómo Zobeida, tras de maltratar tan durísimamente a las dos perras, las trataba luego con muestras de tan infalsificable piedad. El califa, sobre todo, rabiaba por saberlo; pero como habían prometido no hablar, viesan lo que viesan, se limitó a hacer señas al visir para que viese el modo de satisfacer su curiosidad.

–Ahora me toca a mí representar mi papel –dijo Safia–. Tráeme, hermana Amina, lo que tú sabes.

Amina, obediente a la indicación, salió al punto y trajo una extraña caja guarnecida de raso amarillo con incrustaciones de nácar y oro. De allí sacó un laúd y cogiéndole y templándole Safia, después de preludiar del modo más primoroso cantó los tormentos de la ausencia con tal gracia, que todos los oyentes quedaron encantados. Luego tornó a su vez Amina, y cantó tan bien o mejor sobre el mismo asunto, con tal vehemencia que acabó cayendo desfallecida en brazos de su hermana Zobeida.

–Hermana mía –le dijo ésta–, bien se conoce el mal que te aqueja.

En efecto, tanto ahínco puso en su canto Amina que se desmayó, y al desabrocharla sus hermanas el pecho para darla aire, se dejó ver ante los asombrados circunstantes que todo él estaba lleno de cicatrices que causaban verdadero horror.

–Antes que ver esto hubiéramos preferido pasar la noche al raso –exclamó uno de los calendas, con el asentimiento de los otros dos, y el califa les preguntó al oído:

–¿Qué significan tales heridas?

–Señor –le respondieron–, sabemos de ello tanto como vos. No somos de la casa tampoco, sino peregrinos acogidos en ella para pernoctar.

El califa dirigió entonces igual pregunta al mandadero.

–¡Por el Señor clemente y misericordioso que nada tampoco sé! –respondió, no menos espantado, este último.

El califa entonces, dispuesto a deshacer tantos enigmas a cualquier precio, propuso a los demás que, pues eran siete hombres contra tres indefensas mujeres, las obligasen por la fuerza a aclararlos, si a ello no se prestaban de su propia voluntad; pero a semejante atropellado parecer se opuso el visir Gíafar haciéndole ver las funestas consecuencias que ello les podría acarrear.

–¿En qué reputación quedaríamos, señor, ante estas tres señoras, a quienes hemos prometido silencio y que nos han dado la más generosa hospitalidad? –

replicó Giafar-. La noche no durará mucho y yo mañana haré prenderlas y conducir las a presencia de Vuestra Majestad, hasta que le informen acerca de cuanto anhelamos saber.

Pero el sultán no se resignó a tan larga espera y obligó al mandadero a que las preguntara.

Zobeida, al oír aquello, montó en cólera y gritó:

-¡A mí, mis fieles servidores!

No bien había lanzado Zobeida tal grito, cuando se abrió una puerta y, por ella aparecieron siete formidables negros que sable en mano se apoderaron al punto de los siete hombres, dispuestos a degollarlos a una simple indicación de su dueña. Estos, viendo que había llegado el último momento de sus vidas, iban a pedir piedad, cuando vieron que Zobeida les preguntaba:

-Sepan que van a morir si no nos enteran de quiénes son uno por uno, porque no puedo persuadirme de que seáis gentes honradas procediendo del modo que habéis procedido -Y dirigiéndose a los calendas les dijo: -¿Por qué sois tuertos y vais igualmente rapados todos tres?

-Señora -respondió uno de ellos-, nuestra historia es muy peregrina, casi increíble. No somos hermanos por la sangre, pero sí por la religión. Sepa, además, que los tres somos hijos de reyes que han gozado de alguna fama en el mundo.

Llena de curiosidad entonces a su vez Zobeida, dijo a los esclavos que les dejaran pies y manos libres para que pudiesen contar su historia, que, por las muestras, no podía menos de ser tan digna de ser sabida como la de ellas mismas.

Historia del primer calenda. -Habéis de saber, señoras -dijo el primer calenda-, que nací príncipe, y que el rey mi padre tenía un hermano, rey también en otro país vecino, a quien todos los años iba a visitar. Cierta día, mi primo, hijo de aquel rey, me dijo:

-Querría hacerte una gran confidencia si me juras guardar el secreto. He hecho alzar un gran edificio, y quiero llevar una hermosa dama a él. Tú me harás el favor de conducir a la dama hasta una de sus dependencias vecinas, construida en forma de túmulo. Allí me esperaréis los dos, que yo no tardaré en juntarme con vosotros.

Fiel a mi juramento, no pretendí saber más. A poco mi primo trajo consigo una esbelta dama, de hermosísimo semblante y muy ricamente vestida. Aquella noche, bajo la luz de la luna, conduje a la dama al sitio de la tumba; alcé las losas de ésta, viendo que estaba vacía, y hallé en el fondo una trampa que dejome ver una escalera de caracol. El príncipe, de allí a poco, llegó provisto de elementos de albañilería, tomó entonces la mano de la dama, y despidiéndose de mí, me dijo:

-Primo mío, te estoy infinitamente agradecido por el favor que me acabas de prestar. Adiós, pues; no quieras saber más; antes bien, vuélvete por el camino que hasta aquí has traído.

Regresé, en efecto, a palacio, aturdido y confuso, conciliando difícilmente el sueño.

Al despertarme al día siguiente me puse a reflexionar sobre los extraños acontecimientos de la víspera, y no dándome crédito a mí mismo envié a mi ayuda

de cámara a que fuese y preguntase por el príncipe mi primo. Pronto regresó el criado, diciéndome que su alteza no había dormido en palacio, y que nadie sabía acerca de su paradero, lo cual tenía afligidísima a la corte toda. Conviene advertir que a la sazón se hallaba ausente, de cacería, el rey mi tío.

Entonces me fuí secretamente hacia el cementerio, por si entre sus tumbas se encontraba la consabida, pero mi diligencia fue inútil. Entonces me restituí al reino de mi padre, encontrándome que la guardia de palacio me cerraba las puertas, diciéndome su jefe:

–Príncipe: vuestro padre ha muerto, y vista vuestra ausencia, el pueblo ha nombrado rey al gran visir. En nombre del nuevo rey os hago prisionero.

A estas palabras se apoderaron de mí los guardias y me condujeron delante del tirano, que guardaba contra mí gran encono porque de niño yo le había saltado inadvertidamente un ojo al disparar una flecha contra un pajarillo. Tan luego como el tirano me vió, fué su primer cuidado sacarme a su vez un ojo, dejándome como me veis. Luego ordenó fuese decapitado, depositado en una caja y llevado lejos del palacio para ser pasto de las aves de rapiña.

El verdugo me condujo a solas al sitio de la ejecución, pero compadecido de mi juventud y de mis lágrimas, me dejó escapar a condición de que saliese inmediatamente del reino para jamás a él volver. Escondíme, pues, y llegada la noche, caminé tanto que me vi en seguridad, pudiendo restituirme a la corte del rey mi tío, a quien relaté todas mis desventuras.

–¡Ay! –dijo el pobre anciano–. No era bastante la pérdida de mi hijo, sino que viene también la muerte de un hermano a quien tanto amaba y la desgracia tuya, sobrino mío. –Y diciendo esto lloraba a mares.

Tanto pudo en mí el dolor de mi tío que me creí relevado del juramento de silencio prestado a mi primo.

–Sobrino mío –me dijo el anciano rey–. La relación que acabas de hacerme me da alguna esperanza acerca de la posibilidad de que aún viva mi hijo. Recuerdo, en efecto, que últimamente estaba preocupado con la erección de un mausoleo, y, pues has jurado guardar secreto, seamos reservados y vayamos a buscarle nosotros solos.

En efecto, nos disfrazamos los dos, y saliendo de palacio al campo por una puerta secreta del jardín, pronto nos hallamos frente a la tumba que en vano había yo buscado tanto tiempo. Con gran trabajo levantamos la losa, que el príncipe, sin duda, había asegurado por dentro.

Bajamos como cincuenta escalones, y al final, en el fondo, nos encontramos en una antesala saturada de un negro y pestilente humo. Una débil luz caía sobre la estancia de una araña lujosísima.

De la antesala pasamos a un salón muy espacioso, iluminado profusamente y sostenido por poderosas columnas. En el centro se abría un aljibe con provisiones en su borde, y en frente un gran estrado con un lecho suntuoso, cuyas cortinas estaban corridas. Subió el rey, y, abriéndolas halló durmiendo en el lecho a la dama y al príncipe su hijo, pero abrasados y hechos carbón los dos. Lo que me causó más horror fue que el rey mi tío, en lugar de afligirse por aquel horrendo espectáculo que se le ofrecía a sus ojos de padre, llenóse de ira, y escupiéndole en

la cara con rabia le dijo:

–Este es el castigo que has llevado en este mundo, pero el que llevarás en el otro jamás acabará. –Y pegándole en el rostro con una de sus chinelas, salió de la estancia sin volver la vista, siguiéndole yo con la mayor pesadumbre.

–Tío, tío queridísimo –hube de decirle al rey de regreso a palacio–, ¿pecaría yo contra los respetos que os debo si os interrogase acerca de lo que acabo de ver y que tanto me asombra?

–Sobrino mío –respondió el rey–, sabe que desde su niñez, mi hijo, indigno de este nombre, amó entrañablemente a su hermana, y que ésta le correspondía. Yo no me opuse al principio, porque no previa el mal que ello podría producir. Cuando caí en la cuenta ya era tarde para remediar el mal, a pesar de que les separé convenientemente. El indigno entonces, bajo pretexto de alzar un mausoleo, hizo construir este recinto secreto y en donde acaba de recibir con su cómplice el castigo que has visto.

Hacia ya tiempo que estábamos de vuelta en palacio, sin que nadie notara la ausencia, cuando un ruido ensordecedor y una densa polvareda nos puso en autos de que se acercaba contra la ciudad un poderoso ejército: el del visir usurpador de mis Estados, que venía también a despojar a mi tío de los suyos. La pelea fué ruda, pero fuimos vencidos, perdiendo en ella la vida mi tío, y escapando yo, verdadero milagro, en el traje y forma de calenda en que me veis, no sin encontrar en mi camino hacia el reino del poderoso Comendador de los Creyentes, Harún-al-Raschid, a estos dos ,calendas mis compañeros.

Historia del segundo calenda. –Por obedecer vuestro mandato, señora –dijo a su vez el segundo calenda–, os responderé que también nací príncipe, y con tan felices disposiciones para el estudio, que el rey mi padre no perdonó medio de instruirme. Aprendí el libro sagrado de nuestra religión; consulté todos sus comentarios y recogí de labios de los ancianos intérpretes de la ley todas las tradiciones gloriosas de nuestros sabios y profetas. También estudié a fondo la historia, la geografía, las ciencias y las bellas artes, con más todo cuanto le es necesario conocer a un buen príncipe. Así que pronto la fama, haciéndome más honores del que merecía, llevó mi nombre hasta el emperador de las Indias, quien rogó a mi padre me permitiese visitar aquellos poderosos Estados. Un mes llevábamos ya de marcha cuando nos vimos asaltados por una cuadrilla de forajidos que nos despojó de los ricos presentes que llevábamos en nombre de mi padre al emperador y mató a todos los de mi séquito, pudiendo yo apenas escapar mal herido.

Viéndome, pues, solo y sin amparo de nadie, saqué fuerzas de flaqueza y me refugié en una gruta, mal alimentado por unas frutas silvestres que encontrase en mi huída. Así vagué cerca de un mes, a la ventura, hasta llegar a una gran ciudad regada por varios ríos y donde reinaba perpetua primavera, y quiso la fortuna que tropezase en ella con un sastre, quien, prendado de mi talento juvenil, cuanto compadecido por mi desgracia, me deparó paternal acogida, añadiendo, una vez informado:

–Guárdate bien de confiar a nadie lo que acabas de referirme, porque has de saber que el rey de estos Estados es el enemigo mayor de tu padre y no lo pasarías nada bien. ¿Qué es lo que sabes hacer para poderte ganar la vida?

Yo le respondí que conocía la religión, las ciencias y las bellas letras, a lo que me respondió:

–Nada de eso, qué tanto vale, se estima aquí. Toma, pues, un traje de gente baja y vete al bosque a guisa de leñador, hasta que la fortuna se apiade de ti.

Obedecí el sano consejo. Me pertreché de cuerda, hacha de leñador y una pobre ropa, como el sastre me había dicho, y así fui viviendo con lo que me daban por las cargas un año entero.

Cierto día en que me internase en el bosque más que lo de costumbre, me puse a cortar un árbol que crecía en un delicioso paraje solitario, y al arrancar sus raíces divisé con sorpresa un argollón de hierro sujeto a una tapa del mismo metal. Quité la tierra, levanté la tapa y vi una escalera que pronto me condujo a un gran palacio subterráneo que me llenó de asombro y donde reinaba una claridad que competía con la del día. Por una galería de opulentas columnas de jaspe con capiteles de oro vi venir hacia mí una dama de belleza tan extraordinaria que me cegó. Al yo hacerla una profunda reverencia, ella me interrogó:

–¿Quién sois? ¿Sois hombre o sois un genio de estos parajes? Hace veinticinco años que aquí me encuentro, y en todo este tiempo a nadie he visto, sino a vos.

Conté entonces a la dama a grandes rasgos toda la historia de mis desventuras, que ella escuchó encantada, diciéndome a su vez:

–¡Ah, príncipe!; esta mansión no es sino una prisión para mí, porque los sitios más encantadores nos fastidian cuando se está en ellos contra la propia voluntad. No es posible que no hayáis oído hablar de Epitimaro, rey de la gran Isla de Ébano, así llamada a causa de la preciada madera que produce. Yo soy hija del rey. Mi padre me había destinado para esposa de un príncipe hijo de su hermano, pero en la tarde misma de boda, en medio del regocijo de la fiesta nupcial, un genio me arrebató, y cuando recobré el conocimiento, me encontré sola aquí, donde el tiempo y la necesidad me han acostumbrado ya a sufrir las tiranías del genio. Es verdad que nada me falta de cuanto puede soñar la mujer más exigente, pero de diez en diez días viene el genio una vez a pasar la noche conmigo, pretextando que no viene con más frecuencia por estar casado con otra. No obstante, siempre que tengo necesidad de su socorro puedo evocarle mediante un talismán que de él poseo y que le obliga a presentarse al punto. Cuatro días hace que me hizo la última visita, y no le espero hasta dentro de seis, por cuya razón podéis, si gustáis, hacerme compañía durante cinco días, que yo os obsequiaré según merece vuestro mérito y alcurnia.

Acepté, dichoso, la oferta de la dama. Ella me hizo entrar en un salón de baño, el más limpio y cómodo que se podría imaginar, y cuando salí de él, en lugar de mi vestido hallé otro preciosísimo. Luego me hizo sentar en un mullido y regio sofá con cojines del mejor brocado de las Indias; me presentó los más exquisitos manjares, y comimos y dormimos juntos.

–Hermosa princesa –le dije–, ya es demasiado tiempo el que lleváis enterrada en vida. Seguidme; huyamos juntos y venid a gozar bajo los rayos del sol la verdadera luz, de la que estáis privada tantos años.

–Príncipe –replicó la enamorada dama–, no paséis adelante en vuestro discurso. Cuento por nada los más hermosos días de allá arriba con tal que en ausencia del genio me concedáis nueve días de cada diez.

–El miedo que tenéis al genio es lo que os hace hablar así, pero yo le temo tan poco que voy a hacer ahora mismo pedazos a su talismán, para que venga y experimente el valor de mi brazo –la dije.

–¡No hagáis tal, que ello sería nuestra ruina! –replicó la dama–. No sabéis lo que los genios son.

No obstante tan prudentes advertencias, los vapores del vino me impulsaron a desoírlas. De un puntapié hice trizas el talismán, con lo que no hay que añadir que retembló todo el palacio en medio de relámpagos deslumbradores.

–¡Estáis perdido si no os ponéis en salvo! –exclamó la dama, presintiendo la llegada del genio, obligándome a escapar escalera arriba, a tiempo que el iracundo genio aparecía.

–¿Por qué me llamáis tan a deshora y con tal violencia? –rugió.

Y como viese las chinelas y el hacha que había dejado olvidadas en mi huída, añadió, echando fuego por los ojos y maltratando bárbaramente a la princesa:

–Si no te amase como te amo, hoy te haría morir..

Reflexioné entonces que podría ser yo la causa de tamaña desgracia. Me resigné, pues, con mi suerte, y tomando mi antiguo vestido, salí de allí con cautela y retorné al lado del sastre mi protector, que ya estaba inquieto por mi ausencia temiendo me hubiesen descubierto los vasallos del rey enemigo. Me retiré a mi cuarto, reconviniéndome por mi imprudencia, cuando el sastre entró de allí a poco, llevando mis chinelas y mi cinto, y diciéndome:

–Un anciano a quien no conozco acaba de llegar con tu hacha y tus chinelas, que dice haber encontrado en su camino; pero insiste en entregártelas en propia mano.

Ante semejante noticia, casi me desmayé, cuando, sin más, vi abrirse el suelo mismo de mi alcoba y reconocí en el supuesto viejo al genio robador de la princesa de la Isla de Ébano, que había tomado aquella forma después de maltratarla.

–Yo soy un genio, hijo de la hija de Eblis –nos dijo a entrambos–. ¿No es esta tu hacha? Tus chinelas, ¿no son estas?

Y mientras tal decía, me tomó por la cintura como si fuese una brizna de hierba, me arrastró fuera de mi cuarto, y lanzóse a los aires hasta una altura inverosímil, de la que descendió aún más rápido hasta la tierra. Después dió en ésta una gran patada, y, abriéndose al momento, me encontré de nuevo en el palacio encantado, delante de mi amada princesa de la Isla de Ébano, pero toda desnuda, ensangrentada, bañada en lágrimas y más muerta que viva.

–Pérfida –le dijo el genio–. ¿No es éste tu amante?

–Jamás le he visto –replicó ella con entereza.

–Para que te crea –añadió el genio entregándola su sable–, y puesto que no le conoces, córtale la cabeza.

–¡Ay! –dijo la princesa–. ¿Cómo careciendo ahora de fuerzas voy a poderlo hacer? Además, ¿cómo voy a quitar la vida a un inocente?

–En tal caso –añadió el genio–, si no la conoces tú tampoco, no tendrás inconveniente en cortarla la cabeza. Sólo a este precio te daré la libertad.

–Con mucho gusto –le dije, sacando fuerzas de flaqueza, y tomando el sable como si me dispusiese a obrar.

Luego, haciendo mi papel a maravilla, arrojé el sable al suelo con despecho, protestando de ejecutar sobre una mujer indefensa semejante villanía, que acarrearía sobre mi conciencia eterna maldición.

–Bien veo –añadió gruñendo el genio– que os proponéis insultarme con mis celos; pero, por el tratamiento que voy a daros, conoceréis de lo que soy capaz.

Al decir esto, cortó a cercén, impasible, la mano de la princesa, diciéndome:

–Esto hago sólo por sospechas, ¿qué no haría si me convenciese del ultraje? Ella, de todos modos, te ha recibido aquí, y voy a convertirte, a tu elección, en perro, asno, león o pájaro.

–¡Oh genio! –le dije entonces con algún vislumbre de esperanza–. Doquiera pregonaré vuestra clemencia si me perdonáis como aquel hombre de mundo perdonó a un envidioso que con sus envidias no le dejaba vivir.

La curiosidad del genio, por saber aquello, pudo más que su barbarie rencorosa, y, aunque de mal grado, accedió; y yo le conté entonces la historia en cuestión, logrando así escapar con vida, aunque no sin que el perverso me sacase un ojo, dejándome tuerto, como veis.

Historia del tercer calenda. –Señora –dijo el tercer calenda a Zobeida–, estos dos compañeros míos han perdido un ojo por efecto del Destino; pero yo le perdí por mi propia culpa. Oídme.

Me llamo Ajib y soy hijo del rey Casib. A la muerte de mi padre me posesioné del reino, compuesto de hermosas provincias y de un número considerable de islas, casi todas a la vista de la capital. Después de reconocer estas islas me aficioné a la navegación; armé diez navíos y navegué con toda felicidad durante cuarenta días. Luego nos asaltó una tempestad, y mi piloto no sabía dónde nos hallábamos, y como viésemos, al cabo de diez días de vagar sin rumbo, un objeto muy negro en lontananza, el piloto exclamó:

–¡Estamos perdidos sin remedio! Esa montaña negra que divisamos enfrente es toda de piedra imán que, atrayendo hacia ella a los navíos por causa de los clavos y demás herrajes de ellos, irán a pegarse contra la mole y nos harán zozobrar. En lo alto de ésta se alza un caballo de bronce, con su jinete, que ostenta en su pecho una gran plancha de plomo con una inscripción mágica terrible, que alude a la tradición de que allí naufragarán cuantos navíos pasen cerca, hasta que la estatua sea destruída.

Acabado este discurso, el piloto echó a llorar como un niño.

Pronto, en efecto, sentimos saltar uno a uno los clavos de nuestros navíos y demás metales con un ruido espantoso... Todos los míos perecieron. Sólo yo me salvé en una tabla, y, ya en tierra, comencé a subir por una larga escalera hasta la cima, porque era lo único abordable de toda la isla. Pasé la noche bajo la estatua de la cúpula, y, mientras dormía, se me apareció un venerable anciano que me dijo:

-Escucha bien, Ajib. Cuando despiertes, cavarás la tierra bajo tus pies y encontrarás un arca de bronce con tres flechas de plomo, flechas fabricadas bajo ciertas constelaciones para poder librar al género humano de tantos males como le amenazan. Si tiras las flechas contra la estatua, ella caerá al mar. Se hinchará éste embravecido, subiendo hasta el pie de la montaña.

Entonces verás venir hacia ti un hombre de bronce con un remo en cada mano. Embárcate con él, sin pronunciar el nombre del Señor, y déjate conducir, pues que habrá de llevarte a otro mar en el que encontrarás el medio de restituirte sin tropiezo a tu casa:

Me desperté sobresaltado; hice lo que en sueños me ordenase el anciano y todo acaeció como él había dicho. Me embarqué con el hombre de bronce, y bogando día y noche, al cabo de nueve días divisé unas islas, a cuya vista no pude menos de exclamar:

¡Lado sea Alah!

No bien había pronunciado estas palabras, cuando el hombre de bronce y su lancha se sepultaron en el mar. Aterrado nadé a la ventura hasta que las fuerzas empezaron a faltarme, pero una ola me arrojó contra la playa de una isla solitaria llena de todo género de árboles. De allí a poco vi llegarse a la playa una embarcación de la que saltaron a tierra diez esclavos armados de palas y azadas, y provisiones, quienes se detuvieron a excavar la tierra, hasta levantar una trampa, que sin duda ocultaba algún subterráneo, y luego que se hubieron alejado todos los de la embarcación. Entonces me dirigí al subterráneo, en el que encontré a un gallardo joven, quien me dijo :

-Príncipe, no os extrañe verme donde me veis. Mi padre es un riquísimo comerciante en joyas, con muchos esclavos y navíos. Hacía mucho tiempo que estaba casado sin tener sucesión, hasta que un sueño le anunció que tendría un hijo cuya vida no sería muy larga. En efecto, de allí a nueve meses justos nació, y aunque todos me recibieron con el natural regocijo, los astrólogos dijeron a mi padre y a mi madre, que también habían soñado lo mismo:

-Vuestro hijo vivirá sin accidente alguno hasta los quince años, a cuya edad correrá grandísimo riesgo su vida. Si se salva entonces, tendrá dilatada vejez. En aquel tiempo - añadieron- la estatua ecuestre que se alza en la cima de la montaña magnética será derribada al mar por el príncipe Ajib, hijo del rey Casib, y los astros anuncian que cincuenta días después vuestro hijo deberá ser muerto por este príncipe. Han pasado así los quince años desde entonces y hace diez días que la montaña fatídica se hundió. Para tratar de eludir de algún modo la predicción de los astrólogos, hace mucho tiempo que mi padre tomó la precaución de hacer construir este retiro para en él tenerme oculto hasta que transcurran los cincuenta días del vaticinio de mi horóscopo, y que vuelvan a recogerme los míos, porque dudo mucho que el príncipe Ajib venga a buscarme aquí bajo la tierra de una isla solitaria. Esto es todo cuanto le tengo que contar.

Mientras que me contaba tan peregrina historia el hijo del joyero, yo me estaba burlando en mi interior de la necedad de los astrólogos, creyéndome tan distante de ser el cruel instrumento de la predicción que hube de decirle gozoso:

-Nada tema, joven ilustre, y confíe en la bondad del Señor. Hágase la cuenta de que esa era una deuda que tenía que pagar, y que desde ahora queda satisfecha,

pues heme aquí dispuesto a acompañarle y defenderle la vida sin apartarme de su lado en los cuarenta días que del plazo restan, y su padre luego será tan bondadoso que me haga restituir a mi país.

Cuidé muy mucho, sin embargo, de decirle que yo era en persona aquel Ajib que mencionaba el horóscopo. Luego cenamos de sus abundantes provisiones y continuamos la conversación, advirtiendo en ella el gran talento del joven. Así fueron transcurriendo felizmente los días y estrechando nuestra amistad.

Llegó por fin el día número cuarenta, y al despertarse el joven me dijo lleno de júbilo:

–Este es, príncipe, el cuadragésimo día, y heme aquí sano y feliz. –Y diciendo esto nos dispusimos a comer.

A los postres, sacamos un hermoso melón, y no hallando a mano cuchillo para cortarlo, el joven me indicó que había uno encima de la cornisa. Subí a cogerle, pero, sin saber cómo, se me enredaron los pies, y cuando ya tenía el cuchillo en la mano me escurrí, cayendo con tal desgracia sobre el joven que le clavé el cuchillo en el corazón, dejándole muerto en el acto.

En vista de tan horrible espectáculo me mesé el cabello, me golpeé desesperado contra las paredes, penetrado del más fiero e impotente dolor por mi involuntaria acción. Al cabo de un tiempo y reflexionando que mi desesperación inútil no habría de resucitar al desdichado amigo, sino que, antes bien, vendrían los suyos a buscarme y no creyendo el caso me matarían, salí del subterráneo, le cerré con la losa y eché tierra encima de él; transido de dolor, me oculté entre el ramaje de un árbol vecino, porque no me dieron tiempo para más la llegada del padre y de los servidores del príncipe, que venían a restituirle al seno de su hogar.

Excuso describir la escena que al punto se desarrolló, porque hay cosas que no son para referidas. Baste decir que loco de dolor el padre dió sepultura a su hijo amado y se dió a la vela con los suyos, perdiéndose en la lontananza del mar. Yo, como otra cosa no podía hacer por el pronto, pasaba la noche en el subterráneo y el día recorriendo la isla y arbitrando el medio de escapar, llevando vida tan fastidiosa por espacio de un inacabable mes, pasado el cual las aguas fueron bajando tanto, que acabé por poder pasar a tierra firme con el agua nomás que a la rodilla.

Anda que te andarás, acabé al cabo de algún tiempo por divisar a lo lejos algo así como un gran fuego; pero al acercarme más advertí que no había tal, sino que era el resplandor de los rayos del sol reflejándose en la cúpula de un bruñido palacio de cobre que aquéllos parecían inflamar. Del palacio salieron a mi encuentro hasta diez jóvenes gallardos que, por extraña coincidencia, eran todos tuertos del ojo derecho. Parecían dirigidos por un alto y venerable anciano. Se llegaron a mí con gran deferencia y, a su instancia, les conté todas mis desventuras, una vez que nos introdujimos en un gran salón bajo la presidencia del viejo, que nos sirvió uno a uno comida y vino. A los postres comentaron todas las extraordinarias peripecias que me habían acontecido, pero imponiéndome la consigna de que no les preguntase el porqué todos eran tuertos del ojo derecho.

Antes de retirarnos a dormir vi que el venerable aportaba a cada uno un candelero y recipiente cubierto con un lienzo azul. En el recipiente había ceniza y un unto negro, con el que se fueron embijando las caras de tal modo que era espanto el

verlos, al par que se golpeaban y lamentaban gritando a coro:

-¡Este es el fruto de nuestra ociosidad y de nuestros excesos!

En semejante inexplicable ocupación pasaron casi toda la noche, y al romper el alba, el anciano les trajo agua clara, con la que se lavaron las caras, y lujosos vestidos, con los que sustituyeron a los ya sucios por el unto.

Al levantarnos al otro día no pude menos de decirles:

-Nobles señores, yo no me considero capaz de cumplir vuestra ley, ni persuadirme de que hombres del talento que mostráis realicen acciones como las que acabo de ver, más propias de cerebros enfermos, a menos que me explicasen el porqué de ellas.

Viendo, pues, los diez jóvenes lo inquebrantable de mi resolución, trajeron un cordero; le degollaron y desollaron ante mí, y me dijeron:

-Tome este cuchillo y advierta que se le va a coser dentro de este pellejo, en el que le abandonaremos en medio de un descampado, donde pronto, creyéndole un cordero, vendrá para arrebatarse el Ave-roc, que le remontará hasta las nubes, dejándole luego sobre la cima de una montaña. Una vez que allí se vea solo, abrirá las costuras con el cuchillo, que, al verle, el Ave-roc escapará espantada, volando. A momento echaréis a caminar hasta llegar a un colosal palacio, todo cubierto de planchas de oro y pedrería, y por su puerta entreabierta penetre sin temor en él. Todos cuantos aquí nos encontramos hemos pasado por semejante palacio, pero nada le diremos hasta que lo sepa por sí mismo, limitándonos a prevenirle de que el saberlo nos ha costado a todos el ojo derecho. La penitencia que a diario nos veis hacer es consecuencia también de haber pasado por el tal palacio, y la historia de cada uno de nosotros está tan llena de aventuras extraordinarias con las que se podría formar un grueso infolio.

Acepté la propuesta; se realizó todo según el programa trazado, y cuando el Ave-roc hubo huido después de arrebatarme hasta la montaña, caminé tan rápido que en menos de media hora penetré en el gran palacio. Entré en un gran patio cuadrado, con noventa y nueve puertas de sándalo y áloe y otra más de oro. Por cada una de las cien puertas se entraba a otros tantos recintos llenos de las más sorprendentes riquezas y las más increíbles maravillas. En otro gran salón había sentadas en lujosos triclinios hasta cantidad de cuarenta hermosísimas jóvenes que parecían otras tantas diosas, y que al verme entrar clamaron a porfía.

Excuso decir cuán feliz fuí allí en el baño, en la mesa, en los conciertos y danzas y hasta en el lecho, que me obligaron a compartir las cuarenta, una tras otra, en los cuarenta días primeros que allí estuve.

Así continué un año entero, sin que en mi ininterrumpida felicidad se interpusiese la más tenue nube de un disgusto; pero al finalizar el año las cuarenta damas se me presentaron una mañana todo anegadas en lágrimas diciéndome a coro: .

-¡Adiós, amado príncipe! Nos es inevitable el abandonarle, porque así lo exige el Destino. -

Y, a mis insistentes ruegos para que me dieran más explicaciones acabaron por decirme que todas ellas eran princesas; que tenían que ausentarse para ciertos secretos menesteres cuarenta días, y que, mientras, era forzoso me quedase solo en el palacio de las cien puertas, donde encontraría hartas cosas para hacer

llevadera mi soledad, a condición, no más, de que no abriese, bajo pretexto alguno, la puerta de oro, en cuyo caso fatal ya nunca las podría volver a ver, y yo quedaría hecho un desgraciado el resto de mis días.

Marcharon y quedé solo, entregado a mis reflexiones. Era reprehensible, en verdad, que, embobado por aquella deliciosa compañía, no me había preocupado poco ni mucho por explorar el misterio de los noventa y nueve recintos.

Abrí, pues, la primera puerta y vime en el jardín más florido y más hermoso que imaginarse puede, teniendo que renunciar a describirle. Tras la segunda vi otro día el huerto más ameno y de mejores frutas del mundo; tras la tercera puerta vi un verdadero paraíso con toda suerte de aves canoras y multicolores, cuyo lenguaje podía entender perfectamente. La cuarta puerta me permitió penetrar en un verdadero tesoro de arquitectura y de deslumbradora pedrería. Así, por este tenor siguieron las revelaciones de los otros noventa y cinco recintos que cerraban las otras puertas. Con todo ello transcurrieron, sin sentir, los treinta y nueve días de los cuarenta prefijados para el regreso de las princesas, mas, por una imbécil debilidad que lloraré lo que me quede de vida, sucumbí a la tentación de abrir la puerta de oro, contra lo solemnemente prometido. Al echar el pie para entrar, un olor enervante me hizo caer desvanecido, como si me avisase contra mi imprudencia, pero el aviso de nada me valió. Penetré resueltamente en el vedado recinto, donde en suntuosa cuadra de mármoles multicolores encontré un hermoso caballo negro con silla y bridas de oro y piedras preciosas, que parecía puesto allí para invitarme a montar. Púseme sobre él de un salto y el animal, como si en vez de patas tuviese alas, echó a volar conmigo encima; me arrebató hasta las nubes, dejándome caer violentamente sobre el terrado del mismo palacio de donde había sido arrebatado por el Averoc de antaño. Dióme un rabotazo con la cola, que me dejó tuerto como me veis. Los otros diez jóvenes tuertos, mis antiguos compañeros, llegaron con el viejo y me dijeron solemnemente:

–Si el mal de muchos puede servir de consuelo en las desgracias, nuestro ejemplo se le podría suministrar. Cuanto a vos os ha acontecido, otro tanto nos sucediera a nosotros. Todos, durante un año entero, disfrutamos los mismos placeres que habéis disfrutado vos y continuaríamos gozando la misma dicha si no hubiésemos abierto también la puerta de oro en ausencia de las princesas. No habiendo sido vos más cuerdo que nosotros, experimentasteis el mismo castigo.

Así dió fin el calenda a su historia, y la irritada Zobeida, en gracia a lo peregrino de ella, le hubo de perdonar generosamente la vida.

(1) El título que lleva este cuento en la obra de Mardrús es el de Historia del mandadero y las tres doncellas. Su texto es, sustancialmente, el mismo, salvo los intolerables sensualismos de que está cuajado, por lo que sólo apuntaremos la palabra como mexicana de ratl, plural de artal o peso de dos a doce onzas que figura en él, y la de ahjam y su plural ajamí, al referirse a los calendas, con el apelativo empleado por los árabes para designar a los extranjeros, sobre todo a los persas, quienes. son los que denominan calendos a los monjes mendicantes o saalik, en plural saaluk.

El nombre de “calendas” es por demás simbólico y expresivo, ora se le haga derivar del “Kali” sánscrito como el de la diosa “Kalayoni” tentadora de Krishna, ora de la raíz “call”, gritar, nombrar (“kalo” griego y latín antiguo, “call” inglés, “galw”, bajo bretón, etc.). Nosotros creemos que aquellos eran “gentes lunares, no solares”, “ocultistas fracasados” como si dijéramos, como de sus relatos mismos se deduce, porque “calendae” era el nombre romano de las Neomemias o novilunios, de donde luego derivó el nombre de “calendario”, siendo fama que los pueblos arios primitivos no contaron por lunas, como los semitas posteriores, tanto que los mismos griegos no contaron por calendas y de aquí la frase popular de remitir a uno a “las calendas grecas”, para expresar que ello no ha de verse nunca realizado.

Capítulo XVIII

Termina el “Libro de las Iniciaciones” y la historia del sportillero, los calendas y la princesa de Bagdad

La historia de las tres hermanas Safia, Amina y Zobeida, símbolos de los tres elementos humanos de espíritu, alma y cuerpo.—Las “perras negras” y sus perfidias.—Nardún, el gigante rebelde.—Una leyenda parsí precursora de la de “Psiquis y Heros”, de Apuleyo.—Amína y el “Velo de Isis”.—Las relaciones de estas tres historias de las damas de Bagdad con una notabilísima leyenda española.—Los relatos de los tres calendas.—Los eternos “ladrones” y “asesinos” de todas las iniciaciones ocultistas.—El hombre mono o “Hanumán”, parsí.—El “sastre” y los “shastras”.—La ceguera humana y el ojo de la intuición o de Dagma.—Ajib-Bija.—Síntesis del cuento del sportillero.—“Zobeida”, el cuerpo; “Amina”, el alma; “Sophia”, el espíritu.

Una vez que los tres consabidos calendas refirieron sus extraordinarias historias, y el disfrazado califa la suya fingida de que él y sus compañeros eran simples comerciantes que se habían refugiado en casa de las tres damas huyendo de una pendencia nocturna en la que se habían encontrado al azar, salieron todos por orden de las damas, que les habían perdonado la vida. El primer cuidado del califa, al día siguiente, fué el de hacerlas llamar ante sí, sus compañeros y los tres calendas, suplicándolas les refiriesen su historia; el misterio de las dos perras negras maltratadas al par que mimadas y, sobre todo, el de las cicatrices horribles de Amina. Zobeida entonces tomó la palabra y dijo así:

Historia de Zobeida.

—Comendador de los creyentes, mi historia es de las más extraordinarias que se pueden imaginar. Las dos perras negras y yo somos tres hermanas de padre y madre. Las dos damas que conmigo visteis son hermanas mías de padre tan sólo. Al morir éste nos repartimos la herencia¹⁰⁶ y se casaron mis dos hermanas aquellas con muy mala fortuna, por cuanto el marido de la una, luego que la hubo derrochado su hacienda, la abandonó, y el otro hizo tanto y más que el primero. Las repudiadas hermanas se acogieron a mi amparo, y entre las tres nos dimos al comercio, comprando un buque y llegando con él a

Balsora, tomando luego el camino de las Indias. A los veinte días de navegación avistamos una tierra montañosa con una ciudad espléndida, en la que, al desembarcar, advertí con espanto que todos los habitantes de ella estaban petrificados: cuáles en pie en las calles, cuáles sentados a las puertas de sus tiendas o acostados hieráticamente en sus lechos respectivos.

Aquello ponía pavor en el ánimo mejor templado.

Dejando a bordo a mis dos hermanas penetré resueltamente hasta la gran plaza de la hermosa ciudad y me interné por el palacio central, cuyas puertas eran de oro y de preciosos mármoles su ornamentación. Allí se veían doquiera servidores, cortesanos y guardias en diversas actitudes, como si la muerte, mejor dicho la petrificación, les hubiese sorprendido de un modo tan instantáneo como imprevisto. En un salón soberbiamente adornado reconocí a la petrificada reina por su corona y por un collar de perlas más gruesas que avellanas, que ostentaba. Por último, recorriendo más y más habitaciones muertas, tropecé con un enorme salón y un trono de oro macizo y un lecho suntuoso con una luz deslumbradora sobre la

cabecera, luz reflejada por un diamante del tamaño de un huevo de avestruz, sin el más leve defecto. Una lámpara de las llamadas inextinguibles esparcía sus destellos por la regia cámara. Renuncio a continuar, por no ser enojosa, la

descripción de aquellas inacabables maravillas.

Fatigada, me acosté en aquel lecho suntuoso, y a cosa de media noche oí el murmullo de un hombre que parecía leer a media voz una sura del Corán. Levantéme sin hacer ruido y vi, en efecto, que un joven de buena traza estaba sobre una alfombra, rodeado de blandones y entregado a la oración. Era verdaderamente admirable hallar así un sér vivo en medio de aquella petrificada desolación universal.

Deseosa de esclarecer tamaño misterio, empujé la entreabierta puerta y me puse también a orar. El joven, entonces, me preguntó quién era y qué iba a buscar allí. Yo le relaté sumariamente mis aventuras, y él, cerrando reverente el sagrado libro, me dijo:

–Sabed, señora, que esta es la capital del reino de mi padre, el poderoso mago adorador de Nardún, el gigante rebelde contra Alah. Yo, aunque hijo de idólatras, recibí, por mi aya, la verdadera luz. Hace cosa de tres años se oyó de improviso por toda la ciudad una voz espantosa que gritaba: “¡Abandonad, desgraciados, vuestro falso culto y reconoced a Alah, el dios verdadero!” La voz aquella resonó durante tres años consecutivos, al cabo de los cuales, como nadie la hiciese caso, todos los habitantes, salvo el que os habla, fueron transformados en piedras, cada cual en la postura en que tamaño castigo le sorprendió.

Pasmada ante lo que me revelase el joven, le ofrecí libertarle con mi navío de tamaña desolación, y aceptó el embarcarse con nosotras tres. Cargamos, pues, con cuantas riquezas pudimos, y nos dimos a la vela para Bagdad. Llegábamos ya casi a la vista de Balsora, pero mis hermanas, celosas de la recíproca pasión que al joven y a mí ya nos unía, me sorprendieron en sueños y me arrojaron al mar. Yo luché cuanto pude con las olas y arribé a una isla desierta, a veinte millas de dicha ciudad. Rendida de fatiga me quedé dormida en aquel islote inhospitalario, pero desperté de improviso, viendo cerca de mí a una serpiente que venía huyendo de otra mayor y parecía solicitar mi auxilio. Cogí una piedra y la tiré contra la serpiente grande, con tal acierto que la maté. La otra, libre de la persecución de su enemiga, desplegó sus alas, porque era sin duda una extraña serpiente voladora, y se perdió en el horizonte. Yo seguí durmiendo, y al despertar de allí a mucho rato, vi reclinada junto a mí a una mujer negra, de vivo y agradable semblante, que tenía atadas con una cadena dos antipáticas perras negras, que no eran sino mis dos hermanas, así metamorfoseadas en castigo de su crimen, por la magia de la mujer aquella a quien, estando en figura de serpiente halada, yo acababa de salvar como va referido. La maga, luego me abrazó estrechamente y, merced a su gran arte, me transportó por los aires hasta mi casa de Bagdad, donde me encontré además todas las riquezas que cargásemos en el navío. Antes de entregarme a las dos perras, o sea a mis hermanas, me exigió de parte de Aquel que todo lo sabe y cuyos designios son inescrutables, que todas las noches diese de castigo cien latigazos a cada perra por el delito cometido de haber ahogado al joven príncipe y pretendido hacer otro tanto conmigo. Yo, obedeciendo con gran pena aquella orden, así lo vengo practicando desde entonces, como habéis visto **(1)**.

Historia de Amina.

–“Comendador de los creyentes –dijo la joven Amina cuando le tocó su turno–, para no repetir lo ya referido por mi hermana, os diré que nuestra madre me casó con uno de los más ricos de esta ciudad; pero en el primer año de mi matrimonio me quedé viuda, sin hijos y en posesión de la fortuna de entrambos. Pasados los seis meses de mi luto, me hice hacer diez magníficos vestidos distintos de a mil cequíes cada uno.

Cierto día se me presentó una pobre madre, diciéndome que tenía una hija huérfana, a quien iba a casar con un joven de numerosa parentela, mientras que ella carecía de todo conocimiento en la ciudad, por lo que me rogaba apadrinase a la prometida con mi prestigio, cosa a la que de buen grado accedí.

Aquella noche de los desposorios la madre vino por mí, llevándome hasta una calle muy ancha frente a una gran puerta, en cuyo frontispicio se leía: “Esta es la eterna mansión de la felicidad.” La anciana llamó y penetramos, recibiéndonos una hermosísima joven que me abrazó e hizo sentar a su lado en un trono de maderas preciosas exornadas de diamantes, diciéndome:

–Las bodas a que va a asistir pueden, si consentís en ello, ser de más consecuencias de lo que se cree, pues tengo un sobrino que, conocedor de vuestras prendas y vuestro retrato, tendría a muy gran honra en enlazarse también con vos. –Y llamando a su hermano resultó ser un bellissimo joven, con el que acabé por casarme de allí a poco. Lo único que me hizo jurar fue que no hablaría ni me dejaría ver de otro hombre que de él.

De allí a varios meses, salí, acompañada por la anciana, a comprar a una tienda cierta tela de vestido; pero el comerciante, que era también joven, se prendó tanto de mí, sin verme el rostro ni oírme la voz, que se prestó a regalarme la tela si consentía solamente en descubrirme el rostro, cosa a la que, fiel a mi juramento, me negué. Pero era tal el ansía que tenía por poseer la tela que hasta me dejé besar de él, quien, en vez de besarme, me mordió en la mejilla, haciéndome una herida, y me desmayé. Al verme así luego mi marido montó en cólera, quiso maldecirme y acabó por amenazarme con que no dejaría mi falta impune. En efecto, me maltrató tanto que me dejó como me veis, y habría muerto a no haberse mi hermana Zobeida apiadado de mí... Finalmente, os doy la noticia de que, por mediación del Comendador de los creyentes, mi hermana ha conseguido al fin el perdón de las culpables, y que el hada que las transformase en perras las restituya a su primitivo sér.

* * *

El extenso cuento que antecede es el símbolo de todos los misterios de lo astral. Un pobre mozo de cuerda, a estilo del Domicio de La Oreja del Diablo (2), se ve llevado al encantado palacio de tres damas: Zobeida, Amina y Sophia, la Riqueza, la Hermosura y el Amor, que dicho mito español diría. Allí llegan disfrazados el califa Arund-al-Raschid, su visir Giafar y su eunuco mayor, y después tres calendas, es decir, tres grandes viajeros con cabeza, barba y cejas

completamente rapadas, y además tuertos todos tres del ojo derecho.

Después de cenar todos juntos, los tres calendas narran sus aventuras. Del primero se redujeron a relatar una leyenda simbólica relativa a la catástrofe acaecida a un hermano suyo por haberse entregado a una dama, perversa maga. Ofreciendo gran analogía con la del príncipe de las Islas Negras, renunciamos a transcribirla, como tampoco la del segundo.

Respecto al tercer calenda, después de haber adquirido, como hijo también de rey, una instrucción nada común, quiso completarla dirigiéndose a la India. Sorprendido por unos malhechores que le despojaron de cuanto tenía, se refugió en cierta ciudad desconocida, yendo a dar a casa de un sastre, quien le advirtió que estaba en una perversa ciudad, gran enemiga de su padre, y le aconsejó que para disfrazarse y vivir se hiciese leñador. El príncipe se conformó con su desdicha, pero cierto día en que se había internado con exceso en el bosque, descubrió bajo la raíz de un árbol un anillo de hierro; tiró de él y arrancó una chapa que ocultaba la entrada de un prodigioso subterráneo. Allí dentro halló también una dama hermosísima, con quien al punto se sintió ligado de amor; era una dama víctima de la tiranía de cierto genio perverso que la visitaba una sola vez cada diez días (3).

Por espacio de algún tiempo siguieron los dos amantes entregados a su pasión hasta que el príncipe, temerario, pisoteó el talismán de que la princesa solía valerse para evocar al genio a deshora, con lo cual él surgió tremebundo de las entrañas de la tierra, y maltratando horriblemente a la princesa, la cortó una mano, y tomándose después y remontándose a considerable altura me dejó, al fin, sobre la cima de una montaña, me arrojó un puñado de tierra a la cara y me transformó en mono.

Tras mil peripecias interesantes, el hombre-mono, que, como tal, no podía hablar, conservó, sin embargo, el don de la escritura, y recogido por un barco fue llevado al sultán, cuya hija, que era maga buena, se dió trazas a volverle a su primer estado, dándole a comer una granada, no sin antes reñir aquélla una tremenda batalla con el genio maléfico, en la que los dos rivales perdieron la vida. El sultán, exasperado por la muerte de su hija, expulsó al príncipe de su reino, y de él salió disfrazado de calenda, como hemos visto.

Dicho calenda, como los dos anteriores del cuento, había perdido un ojo en sus inquietas aventuras de investigación. Esto exotéricamente, pues en sentido

esotérico lo que antes bien había logrado, como logra todo calenda o discípulo, es desarrollar el tercer ojo de la intuición.

Se llamaba Ajib, hijo de Casib (4), ha llegado en sus temerarias expediciones marítimas de Ultra-mar (Ultra-mare-vitae) nada menos que a aquella isla misteriosa del Polo tantas veces nombrada, cuyo magnetismo moral se simboliza con la leyenda de que en sus costas todos los barcos se perdían atraídos por aquella fascinación magnética de que gozaba la isla.

El navío perece, en efecto, con toda su gente, salvándose sólo el príncipe en una tabla, y éste consigue llegar hasta la cumbre de una montaña bajo una gran cúpula de hierro coronada por broncea estatua ecuestre, y allí se queda profundamente dormido.

En sueños se aparece un venerable anciano al príncipe y le dice que excave en la tierra, busque en ella un arco sepultado con sus flechas y dispare éstas contra la estatua de la cúpula.

Al así desplomarse todo aquel artefacto mágico, las aguas lo anegarían todo, pero él podría salvarse en una barca que se le acercaría, siempre que cuidase de no pronunciar el nombre de Dios, es decir, de no revelar la palabra sagrada (5).

Ejecuta el príncipe punto por punto lo mandado; pero al desembarcar, después de la catástrofe, viéndose cerca ya de la otra orilla, dejó escapar la palabra sagrada, y la barca se hundió en las aguas repentinamente, pudiendo apenas salvarse a nado el príncipe.

A poco descubre el joven el consabido subterráneo encantado de todas las leyendas, donde conoce a un príncipe al estilo del de las Islas Negras, y a quien involuntariamente mata.

Luego pasa a un palacio encantado, donde advierte multitud de jóvenes como él, tuertos todos del ojo derecho, es decir, como él calendas. El príncipe trata de saber la causa de aquella extrañeza y también del por qué los calendas se untaban todas las noches de pez y ceniza, lavándose después (6). Los calendas se resisten a revelárselo, pero él insiste en iniciarse en sus misterios. Entonces le recubren con una piel de carnero y le hacen arrebatarse así por un roc (7) hasta un palacio encantado, verdadero paraíso de deleites, que la imaginación árabe transmisora ha rodeado de todos los encantos de sus célebres e incomprensibles

hurtes (8). Allí pasa embobado un año el príncipe. Al cabo de él le dejan solo, con permisión de abrir las 99 puertas de los tesoros y jardines del palacio y prohibición de penetrar en el centésimo recinto (9). El príncipe viola, imprudente, este secreto y cae en la infelicidad de todos los demás calendas, teniendo que perder un ojo y afeitarse cabeza, barba y cejas, como los demás calendas que en el antro encantado habla conocido.

Tras de los calendas Zobeida contó su historia a su vez. Eran tres hermanas de padre y de madre. Zobeida, la mayor, colmó de bienes a sus dos hermanas y hasta las hizo conocer, como Psiquis a las suyas, el tesoro de amor que había descubierto con hallar en cierto palacio encantado al prototipo de la varonil hermosura. Las hermanas, envidiosas, sepultaron al príncipe en el fondo del mar; pero un hada vengadora las transformó a su vez en sendas perras negras, cual las que vimos en el primer cuento de la serie que nos ocupa, obligándola a Zobeida a que las apalease diariamente, bajo amenaza, si no lo hacía, de sufrir idéntica pena, que tal es el destino del alma humana cuando por sus crímenes en vidas anteriores tiene que sufrir en nuevas encarnaciones los rigores de sus viejas culpas.

Amina y Safia, las otras dos damas que estaban con Zobeida, eran sólo hermanas paternas de ella. Amina o Anima –el alma humana latina– estaba cubierta toda de cicatrices. Procedían las tales cicatrices de que antaño había casado con un príncipe hermosísimo –nueva alusión a la leyenda de Psiquis–, el cual la había puesto por única condición de matrimonio que no se dejase ver ni hablar de nadie, condición a la que había contravenido bajo las sugerencias de una pérfida vieja, con lo que se hizo acreedora a que el príncipe la llenase de heridas, las cuales cicatrizaron después merced a los cuidados de un hada, casándose, al fin, con Amin, el primogénito del sultán y hermano de Mnum o Astumman, símbolo de toda la humanidad vulgar.

En cuanto a Safia, la tercera hermana paterna de Zobeida –la Sofía humana o Safia Achadmon de los cabalistas– Las mil y una noches omiten su historia, al modo de cómo, por ser demasiado maravillosa y relacionada con el secreto de la Iniciación, también omiten la historia del tercer viajero que, en el primer cuento de la serie, logra con él el perdón completo del genio para el comerciante que iba a ser sacrificado por éste, porque a bien decir, el gran cuento que precede no es sino una variante más moderna del mito troncal de Las mil y una noches: “la caída, por el crimen” y la “redención por el Amor y por el sacrificio”.

No terminaremos estos asuntos sin hacer una pequeña síntesis acerca de los tres

capítulos precedentes relativos a lo que viese el célebre niño esportillero, émulo de Aladino.

Este prototipo de cuantos “niños” sufren la iniciación se ve llevado al encantado palacio de las tres damas, respectivas representantes del cuerpo, el alma y el espíritu. Allí ve al vivo la historia de todas ellas, la de Safia, callada por el texto; la de Amina, la atormentada alma humana, llena de cicatrices y dolores por haberse dejado ver de los profanos, tales como aquel que en la mejilla la mordiese cuando alzó Amina una punta de su velo, y, en fin, la de Zobeida (10), la de las dos serpientes, la buena y la mala, de las dos respectivas ramas en que la Magia se divide, ramas que acaban siempre reuniéndose al fin en el Tronco misterioso que está ya por encima del Bien y del Mal, y que no es otro que “el Logos” de los gnósticos, o aquel Krishna del “Mahabharata”, suma y compendio de todos los contrarios que en el mundo existen.

(1)El comentario de esta historia está hecho con sólo decir que es una efectiva precursora de la célebre “Leyenda de Psiquis y Heros”, de Apuleyo, leyenda ya dada en otro lugar.

(2)Esta deliciosa leyenda castellana es de lo más sugestivo que darse puede, porque, a vueltas de ser todo un curso mitopeico de la comarca de Soria, contiene enseñanzas morales tan puras como las de cualquier religión, a través de su símbolo.

Vivía en Almazán, hace muchísimos años, un infeliz muchacho, huérfano de todo. Carecía de parientes, de hogar y de medios de vida, y era, además, jorobado, contrahecho, cetrino y raquítico. Su joroba le impedía los trabajos de carga; su mala figura le imposibilitaba para otros oficios, y así vivía refugiado en la iglesia, a cuyas puertas vendía rosarios, estampas y bujerías.

Acaeció que a un herrero de la villa de Barahona le acometieron sin saber cómo ensueños extraordinarios y espantosos. El desgraciado se sentía morir, cual si estuviese influenciado por espíritus malignos; pero cierta noche le visitó en sueños una visión indicándole los medios de vencer al enemigo, a saber: que un sábado por la noche, después de las fiestas de Santo Polo, en Soria, se fuese en compañía de Domicio –así se llamaba el jorobadito– a la Cueva de la Zampoña, al pie del Duero, bajo el ermitorio de San Saturio, y en ella penetrase Domicio a luchar con Satán y vencerle en el propio antro de sus fechorías.

El herrero buscó al jorobadito, le explicó su revelación, y aunque éste se resistiese a servirle de instrumento curativo, aceptó al fin, movido de sus sentimientos compasivos, ocultos bajo su miserable encanijamiento.

Aquella noche era sábado, y después de los oficios divinos en los templarios de Santo Polo, entrambos se constituyeron en la cueva, y despidiéndose con lágrimas en los ojos, Domicio se internó en la sima por una escala que desde arriba sostenía el herrero; mas con tal desgracia, que ésta se escapó de las manos del de Barahona, y el cuitado Domicio desapareció, sumiendo en la desesperación al herrero, quien en vano le esperó fuera tres días, orando al santo anacoreta.

Al volver en sí Domicio, después de la caída, se sintió asido por una mano invisible que, a través de un bosque amenísimo, le condujo hacia un palacio de jaspe, tan extraño que la pluma no le puede describir. Deliciosa música recibió al joven y hasta creyó él notar en su cara el roce de contactos finísimos que esparcían en torno suyo nubes de aromas. Entre el concierto descollaba una voz lastimera cantando aquella mansión como cárcel en la que gemían tres hermanas por el delito de haber abandonado en el mundo a un muchacho bueno e inteligente, llamado Domicio, digno de suerte mejor.

Asombrado Domicio, se dió a conocer a las invisibles cantoras y al instante se sintió abrazar por ellas, clamando por que las libertase de su encantamiento. Tan maravillado quedó el joven con semejantes transportes y razonamientos, que juró luchar hasta con el Demonio en persona, a trueque de redimir las.

No bien lo hubo así jurado, cuando se le presentó delante una mesa servida con manjares y vinos exquisitos, de los que se puso a gozar Domicio, notando que en los otros tres costados de la mesa manos admirables de tres mujeres invisibles se servían también, comiendo en su compañía. Luego una de ellas le condujo a espléndido lecho de gasas, donde se acostó el mancebo, quien, al besar agradecido aquella mano protectora, vió aparecer una joven incomparable, de voluptuosas formas y luenga cabellera, dama que, amorosa, se extasiaba mirándole, con lo que no hay que decir que el mozo cayó presa de ardiente pasión.

–Domicio –le dijo la hermosa–, tú eres bueno y puro, y yo te amo. Veleidosa, te abandoné en el mundo; pero es preciso que me libres del maléfico poder que me encadena aquí impidiéndome derramar por la tierra todos mis beneficios. Él se te mostrará en forma de toro, y es preciso que le mates; ¿tendrás valor? Domicio, ciego de amor, armado de un puñalito que le dió la bella, se apostó en sitio adecuado, esperó a la misteriosa fiera y le clavó el puñal en su testuz. En seguida se fué a buscar a su amada a tiempo en que ésta, con galas de reina, subía en un carro triunfal tirado por alazanes soberbios.

–Me voy –le dijo.

–¡Llévame contigo! –clamó el mancebo.

–Imposible –replicó la ingrata–; mis dos hermanas necesitan aún de tu auxilio.

–¡Dime al menos cómo te llamas, oh cruel, que así me abandonas!

Y ella, agitando su manto de púrpura, exclamó:

–¡Soy La Fortuna!

Abatido por demás quedó Domicio ante aquella ingratitud; pero cuando más lloraba su desventura, una voz de mujer invisible vino a decirle:

–¡Oh, Domicio, el más grande de los mortales, tu poder es extraordinario! Serás fuerte y feliz, tendrás esclavos, poseerás incalculables riquezas y todo humano obstáculo será arrollado por tu esfuerzo. Yo soy la hermana de la Fortuna, te amo y quiero ser correspondida.

Dicho esto, le cogió suavemente, llevándole por su mano a una fuente maravillosa, en medio de perfumado bosquecillo. Allí le lavó manos y pies, con lo que el deforme muchacho vió transfigurarse su mísero cuerpecillo en el del Adonis más irresistible. Después el hada le peinó con sus propios dedos y le infundió tal lucidez mental, que alcanzó a ver su propia y verdadera naturaleza, hasta entonces aprisionada bajo cáscara grosera.

Luego se internaron en el bosquecillo. Allí le informó acerca de la batalla que tenía que reñir con su secuestrador, el hombre de un solo ojo, para el que nada había oculto.

Domicio esperó el paso del gigantazo y, dejándose caer sobre sus hombros, le vació el ojo con su puñalito, cortándole luego la cabeza.

Cuando Domicio quiso buscar en brazos de su compañera el premio prometido, vió con espanto que, ingrata también, emprendía fugaz su retorno al mundo de los vivos.

–¡Aguarda, aguarda, dulce visión! –imploró desesperadamente el mancebo–. ¡Quiero volar contigo!

–Imposible –le opuso la ingrata diosa–. Aún no has cumplido tu misión libertadora.

Y desapareciendo en las nubes, añadió:

–¡Soy La Hermosura!

Por segunda vez yació burlado el infeliz Domicio. Erró a la ventura hasta tropezar con una nueva aparición, más extraña aún que las anteriores, y que gemía bajo acerbo dolor.

Domicio, siempre más condolido de la desdicha ajena que de la propia, se ofreció a consolarla en su desgracia, que resultó datar también de que había abandonado en el mundo a un sér bueno e inteligente llamado Domicio.

–Yo soy ese que decís –replicó él con gallardía–. Quiero redimiros aunque tenga que vérmelas con el Diablo mismo.

–¡Con él en persona os tenéis que batir –respondió solemnemente la hermosa–, si queréis tornarme a mi sér! Otras os han prometido en premio fortuna y hermosura. Yo os daré algo mucho mejor y que jamás se marchita.

La dulce sugestión de aquella deidad extraordinaria pudo más que sus recelos en el corazón de Domicio, quién sintió el fuego de una pasión como no la había sentido nunca. Los dos jóvenes quedaron unidos en dulces deliquios de amor, y ante tan poético momento quedó suspensa la naturaleza toda; el céfiro confundió sus cabelleras, se estremecieron de placer las hojas de los árboles, entonaron sus mejores gorjeos los pajarillos, y el más augusto de los silencios reinó luego sobre aquel indescriptible cuadro de celeste poesía, jamás imaginada sobre la Tierra.

No duró mucho, sin embargo, el dulce idilio. Satán, el enemigo de la felicidad humana, se mostró en encendida nube.

–¡Desventurado, cual débil gusanillo te aplastaré! –dijo furioso a Domicio.

–No te temo, precito –le contestó el valeroso mancebo.

Y entrambos se fueron a una sala de armas donde el Diablo le dió a elegir entre infinitas; pero él, lejos de coger las más preciadas y damasquinas, fuese hacia la espada más vieja que arrinconada yacía, llena de orín.

La lucha fué tremenda; pero Domicio era tan invencible como el Diablo mismo. Infinitos fueron los encuentros, los tajos y las acometidas. En una de éstas, en que Satán se arrojó confiado, Domicio le dió un corte feroz que, con estrépito, le derribó una oreja. El enemigo desapareció avergonzado, dejándose sobre el suelo el singular trofeo.

Cuando Domicio volvió hacia su compañera, apenas si pudo verla de lejos, volando hacia el mundo de los vivos, sin llevarle, a pesar de sus súplicas.

–No me puedes acompañar aún, Domicio –le dijo–; pero al menos toma en prenda mi anillo, que en más dichoso día nos permitirá reconocernos...

–¡Soy La Diosa del Amor! –añadió cuando desaparecía.

Domicio alzó del suelo la satánica oreja y se le apareció un hombrecillo de tres pulgadas escasas, quien, paseándose por la palma de la mano del héroe, le dijo que pidiese lo que quisiera, porque Satán, vencido, era ya esclavo suyo. Pidió el joven retornar entre los vivos, y al punto se vió trasladado al camino de Almazán a Soria.

Buscó al herrero de marras, que, perseguido por el vulgo que le achacara la muerte del jorobadito para hacer untos de brujería con su cuerpo, había desaparecido. La puerta de la fragua no se había vuelto a abrir desde entonces, cosa que hizo Domicio entre el terror y las maldiciones de las gentes de Barahona, las que le tenían en zozobra continua; pero tales cosas le debieron de acaecer allí dentro, que el mancebo decidió romper todo lazo con el Diablo, clavando en la puerta la fatídica oreja, con lo cual volvió el infeliz Domicio a su triste deformidad prístina, cosa que le infundió menos pesar que la compañía de la presea maldita.

Para poder comer entró el cuitado de oficial de escultor, y tales progresos realizó en su arte, que con el puñalito de la Fortuna

modeló una estatua prodigiosa de la diosa Diana, que llenó de asombro al rey Osmán, quien, adivinando los superiores destinos del pobrete, se le llevó por favorito.

La felicidad más completa sonrió desde aquel punto en el reino. La Fortuna, la Hermosura y el Amor parecieron verter sobre el imperio el cuerno de la abundancia. Todo fue a maravilla, despertando la envidia de los Estados vecinos, quienes, ansiosos de compartir aquellos divinos tesoros, invadieron el reino a la muerte de Osmán, quien había legado la corona al feo Domicio.

El Diablo, sin su apéndice, estaba entre tanto reducido a la inacción; pero, como él decía, bastaba la ingénita malicia humana para, sin necesidad de él, llenar el Averno y hacer otro no mejor de la propia Tierra. Domicio, acaso compadecido hasta del Diablo, fué a Barahona, y desclavándola, le restituyó su oreja, con cuya generosidad, sin reciprocidades peligrosas, aún quedó más y más humillado por Domicio, quien ni siquiera consintió en recibir de él el retorno de su belleza.

A esto, en su ausencia, se amotinó todo el reino, guiado por cierto monje con negro sayal y cara siempre cubierta por su capucha, que surgió no se sabe de dónde. La guerra civil era inminente; pero Domicio la hizo imposible, llamando al monje negro a los supremos consejos del reino. El tal monje no era sino Satán con los más protervos designios. Pero el poder de Domicio, basado sólo en la virtud, en la paz, en el amor y en la mente vigorosa e ilustrada, era superior al suyo, y aquel primer ministro jamás pudo hacer cosa que buena no fuese.

Domicio arrolló fácilmente a sus enemigos. Al volver victorioso, su caballo le dejó caer en las lagunas de Urbión, con lo que contrajo unas fiebres malignas que le pusieron al borde del sepulcro.

El monje negro no se separaba de él un punto. Le arrojó bien, y cierta noche le dió un bebedizo que le hizo sudar un sudor negro y apestoso. Lo más maravilloso del caso fue que el enfermo quedó bueno por encanto y totalmente hermoso y sin deformidades, como el día que saliese de la fuente milagrosa. La nueva del prodigio arrebató a todos, y desde entonces data la romería anual a las milagrosas aguas de las lagunas de Urbión, que dan nacimiento al río Duero.

Transformado así el rey en el más gallardo mancebo, los súbditos le obligaron a tomar esposa entre las infinitas beldades que acudieron a las fiestas. Domicio, ignorante de que el monje negro fuese el Diablo en persona, le consultó sobre tan arduo negocio, y de él obtuvo una categórica afirmativa, tal vez porque en los matrimonios suelen tener más cabida las tretas de Satanás.

Pero éste no contaba con que entre las hermosas del concurso se presentaron tres singulares doncellas, dotadas de prendas tan sobrehumanas, que, más que criaturas terrestres, las Tres Gracias parecían.

Al verlas el monje negro palideció. No se ocultaba a su despecho que aquellas tres criaturas no eran sino la Fortuna, la Hermosura y la Diosa del Amor, antaño libertadas por el heroísmo de Domicio.

El rey vaciló un punto en la difícilísima elección: el pueblo comenzaba a murmurar por la tardanza y, al fin, contra lo que pudiera esperarse, eligió la más modesta y más arrebatadora por la dulce seducción de sus castos atractivos. El Hada del Amor fue coronada reina.

Renunciamos a describir la magnificencia de aquella boda. Sólo añadiremos que, enojadas la Fortuna y la Hermosura, se pusieron de acuerdo con el Diablo para tomar venganza. Éste, con el propósito de esclavizarlas de nuevo en daño de la Humanidad, aceptó el pacto, y comenzaron a llover desórdenes y desgracias sobre todo el Imperio.

Aleccionado Domicio por su esposa acerca del misterio de todo aquello, se aprestó una vez más a desbaratar los planes del Averno. El Monje Negro fué destituido y marchó a casa del herrero de Barahona a madurar sus protervos designios. Toda la ciudad se alzó en armas por sus excitaciones, y Domicio fué destronado. Para colmo de su desventura, su ideal consorte murió de unas fiebres malignas.

Domicio sepultó su dolor en la soledad, la meditación y el silencio, retirándose a la ermita del Santo Cristo de Olmedillo, cerca de Renieblas, donde, en olor de santidad, acabó sus días.

El anónimo historiador de este relato fantástico añade, en descargo de su conciencia, que lo referido no fue real, sino mero ensueño de color de rosa del pobre jorobadito de Almazán, cierta noche en que dormía en un pajar, al calorcillo del heno, y que, antes bien, a la mañana siguiente tornó, como de costumbre, a la puerta del templo a vender rosarios, estampas y bujerías.

Domicio, con sus deformidades físicas, representa a esos humildes que el Evangelio coloca a su diestra en el Gran Día: los compasivos, los abnegados, los hermosos de espíritu, o como un budhista diría: "los renunciadores", "los redentores", los superhombres bajo pobres aspectos ocultos, quienes, yendo más allá aún del precepto de Cristo, aman a su prójimo y a la Humanidad más que a sí mismos... "El verbo habitó entre los hombres, pero los hombres no le conocieron", que dice San Juan; "Dioses sois y lo habéis olvidado", que Platón dijo.

No por codicia ni por curiosidad, sino por remediar los males de un infeliz a quien no conocía, se presta a bajar a la sima, donde traba con el Genio del Mal desiguales batallas, al modo de los caballeros andantes o de los demás héroes mitológicos, en pro del ideal y sin otra arma que la sencillez, la virtud y la generosidad altruista de sus motivos, nada comunes en la Tierra.

Su esfuerzo rescata del poder infernal cuanto hay de hermoso y de bueno al juzgar de los mortales: fortuna, hermosura, pasión. Ingratas ellas, empero, le abandonan, porque es ley de las renunciaciones redentoras la de no guardarse el redentor nada de los tesoros que para los demás conquista.

El vencimiento del Genio del Mal concede al héroe el mágico poder sobre todas las cosas; pero Domicio no cae en la tentación, como no cayera en ella Jesús en medio del Desierto, que es nota diferencial entre las dos magias, la del que los arcanos del Cosmos y sus innúmeros prodigios pueden abrirse para el Bien, con la clave única de la virtud de una mente desarrollada y libre, y para el Mal con la ganzúa de los anhelos egoístas que a la larga acarrearán la ruina de tales profanadores del Templo.

Hay en la Tierra lugares favoritos del misterio, de la honda poesía, de eso que hoy llaman superliminal o hiperfísico los investigadores, y fantástico, ideal, dulcísimo, todos los poetas, y uno de tales sitios de Walpurgis es la mansa curva del Duero en Soria. Aquellas aguas lamen los muros del romántico San Juan de los Reyes, el de los capiteles fantásticos como agua

fuerte de Goya o delirio de calentura; se deslizan entre sauces y pimentales, llenos de topos, esos troglodíticos filósofos del mundo animal; parecen detenerse intrigadas frente al secreto masónico-templario de Santo Polo; contornean toda la falda del Monte Oria, nombre que recuerda el Moriah, del Calvario, el Orio u Orión griego, y el Moria de no sé qué seres del Tíbet, y viene a romper sus aguas frente a las cuevas santificadas por las penitencias de San Saturio, que algún mal creyente querría llevar al mito de Saturio o Saturno como prueba de un abolengo judaico de adoradores de leovah, Saturno o Sabaoth. Entre sus mundiales lejanías, envuelto en el mágico efluvio de aquella sin igual grandeza, ese hombre exquisito que se llamara Bécquer encuadró, ¡no podía menos!, la espeluznante leyenda de su “Noche de Ánimas”, pues sus ojos de vate bien pudieron ver allí, mejor que en parte alguna, cual en nuevo campo de Maratón, a los esqueletos de los caballeros de lejanas matanzas, cabalgando aún sobre las osamentas de sus corceles, en persecución de enemigos no menos invisibles que ellos.

Sobre lugar tan pintoresco, tan típico en la orografía e hidrografía de la Península, la tradición ha acumulado, como va expuesto, tesoros de mitos los más heterogéneos. La Cueva de la Zampoña y el descenso de Domicio bien pudo inspirar a Cervantes su aventura de la de Montesinos. El toro muerto por Domicio, el de los misterios de Mithra, el de la metamorfosis de Júpiter y el Buey Blanco de varios mitos orientales guardan parentesco, igualmente que el talismán dado en prenda por el Hada del Amor, el de los infinitos talismanes de la leyenda universal calcada sobre el anillo salomónico o hexágono geométrico, símbolo de la mayor importancia cabalística, como ha demostrado en Sophia D. Rafael Urbano. El homunculus de las evocaciones diabólicas también tiene precedentes en todo este género de literatura, igual que los gigantes o cíclopes que aparecen en el presente mito. Olvidad los personajes de él, abstrayendo sus cualidades, y de él, como de cualquier otro, podéis hacer todo un código de moral salvadora para usos prácticos de una vida ¡ay! harto separada siempre de ella.

Luchando, en efecto, contra el Genio del Mal, que nunca fuera para los antiguos nada real sino personificación de nuestras pasiones y vicios egoístas, conseguiremos restablecer la Ley Natural, fuente única de las verdaderas riquezas, hermosuras y amor, con la edad de oro desterrados de este bajo mundo, y al que pueden volver, como cuando las libertó Domicio en la Cueva de la Zampoña, por el esfuerzo de esos caballeros andantes de la virtud o redentores de las razas, quienes reciben por toda recompensa aquí el escarnio y el martirio, guardado para los que en nombre del progreso humano vencen a la gran madrastra, la hostil Naturaleza.

Este y no otro es el símbolo de las temerarias empresas de los caballeros andantes medioevales, luchadores contra los vestiglos y endriagos de nuestras morales miserias; esta la lucha a la que Chrisna empujaba a Arjuna en el Bhagavad-Gita, y Cristo en el hombre en el Evangelio y aun Mahoma al árabe idólatra, que luego falseó su Corán, prostituyéndole de arma de lucha moral que era contra los propios vicios nuestros, en arma de guerra material entre los hombres. Esta es, en fin, la lucha contra el Misterio de nuestra débil y semianimal condición, que el estudio de las religiones comparadas nos presenta como la más pura fórmula de un triple progreso intelectual, moral y físico.

Ya que la Historia está cuajada de fábulas, acaso no sea demasiado loco, a sensu contrario, buscar entre latrama de las fábulas la más excelsa de las historias: la del Destino humano en el pasado, en el presente y en el futuro.

(3) ¿Por qué la coincidencia curiosa de que haya de ser con tanta frecuencia un sastrer el protector y Maestro de todos estos príncipes viajeros de las leyendas que nos ocupan? –Porque se trata sencillamente de una corrupción de la palabra sánscrita sastra, que equivale a iniciado o adepto. Los Sastras son también los seis grandes cuerpos que constituyen la enciclopedia oficial de los Indos. El primer Sastra lo constituyen los cuatro Vedas: Rig Veda, Iayur Veda, Sama Veda y Atarva Veda. El segundo son comentarios científicos y brahmanas, de dichos Vedas; el tercer Sastra se consagra a la lingüística; el cuarto abarca los 18 Puranas, y el quinto es el célebre Manava-Dharma-Sastra, y el sexto el Dersana, que abarca las seis grandes escuelas filosóficas. Del séptimo Sastra, si existe, no hablan los autores. (César Cantú, Historia Universal, lib. 2, cap. 13)

(4) Ajib, leído al modo ario, es bija, máscara, vestidura. Cuando los sacerdotes aztecas se untaban con el negro ulli sacramental para sus ceremonias de magia, nuestros conquistadores de América decían que se embijaban o pintaban de bija. Ajib, leído de otro modo, es giba, y por este trastrueque se ha considerado siempre al jorobado o giboso como símbolo de las venturas que estas historietas asignan a quien llegaba al estado de calenda, o sea de especie de monje mendicante o faquir del exterior del templo; en suma, un discípulo del ocultismo. Por eso, en la leyenda española de La Oreja del Diablo, un jorobado es quien desciende al palacio de la Fortuna, la Hermosura y el Amor

(5) Aquí viene en la leyenda un completo simbolismo de la inmersión de la Atlántida y del Arca salvadora.

(6) Otra vez tenemos aquí el ulli sacramental de los mexicanos y de otros pueblos. Los calendas como el Wotan nórdico, son “tuertos” porque ven con el tercer ojo de la intuición ya dicho.

(7) El nombre de esta famosa ave de todas las leyendas de magia no es sino el de cor-cordis, el corazón, en latín, porque la verdadera doctrina del corazón, no la del ojo, o vana ciencia, es la que salva al mundo. Por eso, como contra el ave-roc, no valen contra ella las supersticiones de lo astral.

(8) Huríes que no son sino las nórdicas Walkyrias

(9) Aquí la consabida prohibición del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, mosaico, prueba clara de la comunidad de origen legendario.

(10) Zobeida, es más bien “Zoo-beth”, la “hermana inferior”, la de “condición animal”, o, en suma, la dama representativa del elemento corpóreo, como ya hemos dicho. En tal concepto figura como esposa del califa en muchos otros cuentos del libro que nos ocupa, y en todos ellos se caracteriza por ser terriblemente celosa y egoísta, con otras muchas más pasiones propias de su condición inferior. Por eso sólo puede levantar el vuelo cuando muerta la serpiente ladrona, o de la mala magia (Kako-daimon), es llevada por la buena (Agatho-daimon) a las alturas más excelsas. La ciudad petrificada que descubre de “Nardun”, o más bien “Nardin”, es la ciudad del “Dinar”, el mundo miserable y muerto nuestro, donde el dinar o dinero es el único rey.

La ciudad petrificada, de Zobeida, descrita ya en tantos otros cuentos, preséntase a los ojos del lector iluminada, sin embargo, por lámparas inextinguibles, de las que tan encomiásticamente habla en Isis sin Velo la maestra H. P. B. (El Tesoro de los lagos de Somiedo, parte primera, final), o más bien las inextinguibles luces de la iniciación, únicas que subsisten en las "ciudades muertas", en las "ciudades de la desolación", ciudades malditas como la Sodoma y Gomorra bíblicas, que en los espantos de su gran catástrofe hasta convierte en "estatuas de sal" a quienes, como la mujer de Lot, se vuelven tan sólo para mirarlas, ciudades que habrían sido perdonadas, según dicho del Ángel exterminador, si hubiese habido en ellas siquiera cinco justos...

Los calendas, por su parte, son el símbolo de cuantos fracasados existen en el mundo. "Tuertos" y todo, como el Wotan nórdico, no lo están del ojo izquierdo, sino del derecho, porque aquel ojo es el "ojo del canon", que dicen los católicos, el ojo que incapacita para la celebración de los misterios religiosos, y sobre el que se podía escribir largamente si no prefiriésemos dejarlo a la discreta intuición del lector. El "árbol", "piedra" y "subterráneo" están ya sobrado conocidos por nosotros para que de ellos añadamos nada. Todos ellos están de tal manera repetidísimos en diferentes cuentos, que hacen admirar una vez más la grandeza del mito troncal que les diera origen, y que no es sino el del "Árbol del mundo", norso, con su raíz en la eternidad, su tronco en este mundo y sus hojas en el celeste Ideal, árbol en el cual está clavada por Wotan (Wagner, mitólogo y ocultista, "La Walkyria") la "Espada del Conocimiento" en espera de que la arranque hercúleo el héroe, "el Deseado", que ha de esgrimirla contra los monstruos del Dolor, de la Noche y del Crimen.

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna